

Johanna Lozoya Meckes*

⇒ Imagen e identidad: arquitectura del “no lugar” (México 1990-2000)

Resumen: A partir de los años noventa se ha reconocido una forma de globalización en el uso e imagen del espacio urbano que se ha denominado “arquitectura del no lugar” tomando el término *non lieux* del antropólogo Marc Augé. Sin embargo, esta forma cultural espacial es, en términos de un imaginario identitario colectivo actual, un fenómeno sumamente dinámico que, sometido a fuerzas culturales identitarias igualmente homogeneizadoras como son el regionalismo/nacionalismo y la globalización, cuestiona la tradición de una construcción identitaria espacial basada en el lugar. El presente artículo reflexiona sobre la posibilidad de interpretar a la arquitectura del no lugar como espacios de reconfiguración de un nuevo tipo de lugar que actúa en la construcción de imaginarios identitarios colectivos metanacionales/metaregionales.

Palabras clave: Arquitectura; Imaginario; No-lugar; México; Siglo xx.

El no lugar como actor arquitectónico/urbano

En la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 el pabellón mexicano diseñado por el arquitecto Manuel Amabilis consolidó en la arquitectura mexicana “para el otro” la imagen ideal de la arquitectura ceremonial maya como un arquetipo de representación espacial nacionalista.¹ Durante los siguientes setenta años del siglo, incluyendo el periodo entre los cincuenta y sesenta del Movimiento Moderno en México, los pabellones mexicanos en las exposiciones universales utilizaron infaliblemente imágenes prehispánicas como el eje histórico fundamental de la representación identitaria a través del espacio arquitectónico. Aún bajo la más estricta estética de una arquitectura homogeneizadora como la que intentó ser en su tiempo la Arquitectura Internacional, las figuras de Tlaloc, el calendario azteca o alguna greca maya fueron los anfitriones ineludibles que abrieron las puertas de estos espacios temporalmente nacionales.²

* *Doctora en arquitectura e investigadora titular en Historia cultural de la arquitectura en la Facultad de Arquitectura, UNAM, México. Responsable del proyecto “Para una historia cultural de la arquitectura” con la temática: identidad e imaginarios colectivos en la arquitectura moderna. Publicaciones en 2005: “Historiografía de la arquitectura: formación de imaginarios colectivos de identidad cultural”, “La arquitectura como poder y el Estado como imagen”, “Identidad e historiografía: ¿el anti-no lugar?”. Contacto: lozoyameckes@yahoo.com.mx.*

¹ Sobre el tema véanse Gutiérrez Viñuales (2002: 267-286) y (2003); De Anda Alanis (1994); Mereles (2002: 497-516); Marquina (1990).

² Sobre la arquitectura de los pabellones mexicanos véanse Amabilis (1929); Vallerino (1995); Vargas Salguero (1995).

Esto fue así hasta la Exposición Universal de Hannover del año 2000 en donde, con la temática “Hombre, Naturaleza y Tecnología”, tres Beetles de la Volkswagen de manufactura mexicana inauguraron las puertas del espacio nacional que se representó a sí mismo a través de una gigantesca asta bandera y de un sistema de formas arquitectónicas neutras que, como contenedores cúbicos “ciegos”, albergaron sólo en su interior representaciones prototípicas del imaginario nacionalista que fueron virtuales y escénicas. En este pabellón, a la manera de los espacios hoteleros de las grandes cadenas o de los aeropuertos internacionales –homogéneos desde Singapur hasta Cancún– el carácter local se encontraba fundamentalmente en “la tienda de *souvenirs*”. El espacio, en este pabellón, no era una imagen identitaria nacionalista prototípica sino el contenedor de un *happening* que recurrió a imágenes nacionalistas prototípicas: mariachis, bailables, platillos regionales y hologramas con figuras prehispánicas expuestas bajo el guión museográfico de Enrique Krauze. Si en la exposición antecesora, la Expo de Sevilla de 1992, el pabellón mexicano suscitó en la opinión pública nacional referencias sobre la “mexicanísima X” de Pedro Ramírez Vázquez, el pabellón de Hannover, que fue presentado en 1999 como una “gran caja de resonancia para la comunidad internacional”³, dejó claro que lo “mexicano” se puede reducir a una imagen virtual –¿acaso no siempre lo ha sido?⁴– en el interior de “una caja” (espacio/imagen) identitaria internacional global que se denomina hoy en día arquitectura del *no lugar*.

A partir de los años noventa en ciudades postindustriales como Londres, Berlín, Nueva York y Tokio se reconoció una forma de globalización en el uso e imagen del espacio urbano que se denominó, tomando el término de *non lieux* (no lugar) del antropólogo Marc Augé (2002), la “arquitectura del no lugar”: espacios como aeropuertos, autopistas, centros comerciales, supermercados, medios de transporte en cuanto espacios habitables, espacios de uso temporal diverso (de paso y de interconexión) y aquellos “campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta” (Augé 2002: 56). Hoy en día, los grandes “hitos publicitarios” del no lugar han sido las intervenciones urbanas de gran escala en Tokio, en Berlín durante la Internationale Bauausstellung (IBA) en los ochenta, en La Haya y Rotterdam con obras paradigmáticas como la de los arquitectos holandeses Rem Koolhaas y Ben van Berkel así como la coexistencia con otras formas espaciales de la globalización como las “ciudades museo”, como se ha denominado en los últimos diez años al coleccionismo urbano de marcas arquitectónicas, o las “ciudades genéricas” que se desarrollan mundialmente con un modelo uniforme.⁵

En la perspectiva de Augé, el no lugar es un producto característico de la contemporaneidad, o “sobremodernidad” como él la denomina, que es en realidad el tema central de su investigación antropológica (Augé 1999). Él define a la sobremodernidad a través de tres figuras: el exceso de información (aceleración del tiempo y la multiplicidad de acontecimientos), el exceso de imágenes (espacio y sobreterritorialidad y/o pérdida de territorio) y el exceso de individualismo (la individualización de las referencias y la con-

³ Comunicado Presidencial N° 1775 (septiembre 1999).

⁴ “Virtual” en el sentido de la identidad nacional como una construcción de imaginarios y no una realidad natural. Véase Anderson (1983) y Gellner (1997).

⁵ Las “arquitecturas de marca” son relacionadas con el deconstructivismo arquitectónico de Frank Gehry, Peter Eisenmann, Daniel Libeskind Rem Koolhaas, Ben van Berkel, el equipo holandés MVRDV, Coop Himmelblau, Zaha Hadid, Moss y Morphosis. Sobre el tema véase Jencks (1982).

secuente alienación). Su interpretación sobre la “toma del espacio” en la sobremodernidad se visualiza bajo el fenómeno de sobreterritorialidad a través del exceso de imágenes, idea que, por otro lado, es semejante a la sobreestetización de la cultura y alienación del individuo desarrolladas desde Benjamin a Baudrillard. La definición filológica del no lugar se desarrolla comparativamente con el espacio practicado de De Certeau (1996), en el cual el factor “desplazamiento” es fundamental, con la visión fenomenológica de actuar en el espacio de Merleau-Ponty (1990) y en complementariedad con la perspectiva culturalista del lugar social como la que desarrollara Mauss (1971). Es el concepto de espacio, o más bien, el concepto de exceso de espacio, el que fue rápidamente integrado por críticos de la arquitectura contemporánea como Charles Jencks (1995) y Hans Ibelings (1998), y que ha dado lugar de manera indiscriminada a denominaciones de moda como “arquitectura global”, que designan muy diversas formas y representaciones de la globalización. El uso primario que se ha hecho del término “no lugar” en la jerga arquitectónica comparte el sino del término “globalización”: los parámetros de definición son tan ambiguos como heterogéneos. Sin embargo, el sustrato básico filológico del concepto augeniano de no lugar no deja de ser un factor importante a considerar en el estado actual del problema, puesto que las arquitecturas y teorías arquitectónicas posmoderna y deconstructivista⁶ comparten el mismo referente epistémico, y es sobre todo en el deconstructivismo de la última década donde se encuentran los más relevantes ejemplos de arquitectura del no lugar.

Ahora bien, definir en términos de imagen y de formulación de sentido como imagen identitaria aquello que podemos identificar como arquitectura del no lugar es una labor compleja en la cual este trabajo representa solo un primer estadio. Por un lado, el no lugar en estos momentos es un fenómeno cultural espacial sumamente dinámico y sometido a las tensiones de dos fuerzas culturales altamente homogeneizadoras como son el nacionalismo y la globalización. Por lo tanto su capacidad representativa se ve en gran medida condicionada, de manera paradójica, a la contextualidad política urbana en la cual se ha implantado como una “burbuja” autónoma. Es decir, encontraremos desde edificaciones unitarias concretas como islas en un lugar antropológico hasta la proyección de ciudades autónomas del contexto antropológico original. Por otro lado, el no lugar en cuanto actor político cultural, lo que Tschumi llamaría en los setenta “la arquitectura como un detonador de acontecimientos” (*an environmental trigger*), presenta aspectos realmente interesantes. Aparentemente, el no lugar (espacio/imagen) como actor político ha incorporado rápidamente al acervo colectivo de conocimiento de sociedades urbanas, imágenes identitarias espaciales cuya estructura (¿narrativa?) se fundamenta en la independencia del contexto, en la autonomía de sentido y en el anonimato.

Esta posibilidad no es descabellada. En los últimos años, el fenómeno del no lugar ha trascendido sus espacios característicos primigenios y se ha extendido rápidamente a géneros espaciales como la arquitectura para la cultura y para el poder que tradicionalmente eran vinculados al imaginario e imágenes del Estado-nación. Para y con este imaginario nacionalista fueron diseñados en los años cincuenta los espacios públicos más importantes de México durante el siglo xx: el Museo Nacional de Antropología, la Ciu-

⁶ Sobre teorías posmoderna y deconstructivista véanse Jencks (1982); Leach (2001); Frampton (1983); Tschumi (1996); Hays (1998).

dad Universitaria, los multifamiliares de Tlatelolco, hospitales, escuelas, centros cívicos y demás. De hecho, la arquitectura mexicana del Movimiento Moderno entre los años cincuenta y sesenta fue un actor político sustancial que dotó al Partido Revolucionario Institucional de un amplísimo repertorio de imágenes identitarias nacionalistas. Hoy en día, por otro lado, el pabellón de Hannover lejos de representar un caso aislado de reconfiguración de una tipificación nacionalista se suma a un número cada vez más importante de ejemplos de no lugar en las edificaciones del poder (embajadas, ayuntamientos, ministerios, plazas públicas) y de cultura (museos y espacios para exposiciones) en México (Méndez 1996). El impacto urbano del no lugar ha trascendido la escala individual de un edificio autónomo para transformarse en “barrios autónomos” localizados en los centros mercantiles y de consumo de las grandes ciudades. Las imágenes e imaginarios del no lugar se están apropiando con una rapidez sorprendente de los espacios otrora monopolios de imaginarios nacionalistas y esto recrudescerá en la medida en que la creación de lo público en las urbes desarrolladas o en desarrollo (con características mixtas) sea cada vez más un asunto del sector privado y menos del Estado.

Si bien contextos económico-sociales como el norteamericano, europeo occidental y parcialmente el asiático han promovido la rápida formación de arquetipos espaciales debido a la escala del fenómeno en estas regiones, el no lugar es un fenómeno que actualmente se está ligando con el crecimiento económico de las ciudades en desarrollo y con las mega-ciudades que son formas urbanas características de África, Asia y Latinoamérica⁷. Por otro lado, si bien la creación de arquetipos ha surgido inicialmente de las ciudades desarrolladas, sería incorrecto e imprudente considerar que la arquitectura de la globalización representa hegemonías nacionales y específicamente la norteamericana. De hecho, en los Estados Unidos no hay más arquitectura de la globalización que la que puede encontrarse en otras naciones postindustriales. Fuera de los barrios económicamente poderosos de las grandes concentraciones urbanas, en el territorio norteamericano, los ayuntamientos, escuelas, bibliotecas, parques recreativos, centros culturales y políticos de escala media conservan la imagen prototípica nacional que ha imperado durante al menos dos siglos en este territorio (los estilos bostoniano, victoriano, neoclásico, californiano, etcétera). En breve, es necesario acotar la noción primigenia de que la arquitectura de la globalización es, sin más, una “arquitectura norteamericana”. Como puntualiza Perry Anderson, ni el neoliberalismo que ofrece un marco socioeconómico universal ni el humanismo militar que ofrece un marco político universal son suficientes como transformaciones ideológicas para constituir una nueva hegemonía mundial, ya que no hay hegemonía internacional sin Estado hegemónico (Perry Anderson 2004: s. p.). En realidad, la arquitectura del no lugar, como arquitectura de globalización, lo es en la medida en que su imagen homogénea responde a los imaginarios de un nuevo poder político-económico que no está en el Estado-nación sino en el mercado. Éste es un dispositivo dentro de la red de formación de poder, en donde el Estado como constructor de imaginarios ha cedido buena parte de su poder simbólico a los monopolios económicos transnacionales.⁸

⁷ Sobre el futuro de las ciudades en desarrollo resultan interesantes Drakakis-Smith (1987); Hall/Pfeiffer (2000); Deckker (2000).

⁸ Se puede encontrar una interesante reflexión al respecto en Landi (1981).

Ahora bien, frente a este nuevo poder simbólico con tendencia homogeneizadora existen sin lugar a dudas reacciones adversas. Es posible que el foco de resistencia más importante en estos momentos sea Latinoamérica, en la cual –en palabras de Perry Anderson (2004)– la resistencia al neoliberalismo “conjugaba no solamente lo cultural sino lo social con lo nacional, es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad y otro modelo de relación entre los Estados” (s. p.). Esta idea de ese “otro posible modelo de relación entre los Estados” como una singularidad político-cultural en el proceso de formación nacional latinoamericana es mencionado por Anderson como un factor aleatorio cultural pero en otros autores aparece como un factor ineludible. En la trilogía de Gruzinski, por ejemplo, la construcción del imaginario colonial y mexicano es un proceso violento o violentado –“la colonización de”, “la guerra entre”– en el que, en sus palabras, desde la Florida hasta la Tierra de Fuego “la colonización europea apresó al continente en una trampa de imágenes que no dejó de ampliarse, desplegarse y modificarse al ritmo de los estilos, de las políticas, de las reacciones y oposiciones encontradas” (Serge Gruzinsky 2003: 12).⁹ Antonio Annino y Francois X. Guerra resaltan la singularidad de la nación Iberoamericana en donde los Estados latinoamericanos, “preceden como estados, como ‘naciones soberanas’, a la mayoría de los estados europeos –incluidas Italia y Alemania– extraeuropeos” (2003: 8), en donde el proceso resulta de la desintegración de una construcción política original anterior, la monarquía colonial hispánica, que poseía una extraordinaria unidad a pesar de una gran heterogeneidad étnica. Esta idea es compartida por Tomás Pérez Vejo, quien señala: “Hispanoamérica fue el escenario de uno de los más tempranos, exitosos y masivos procesos de construcción de naciones que se conoce” (2003: 283). La particularidad que se distingue en la construcción de la política nacional y en la construcción de la cultura e imaginarios nacionalistas en Latinoamérica nos puede dar indicios sobre la particular dinámica a contrapunto que se está generando en la lectura socio-política del fenómeno del no lugar en esta región: por un lado, la incorporación acelerada del no lugar en el acervo social colectivo de (re)conocimiento y, a la vez, la manifestación de rechazo incluso violento en el ámbito intelectual (fundamentalmente de la izquierda latinoamericana) hacia una imagen identitaria de esta naturaleza.

Por ejemplo, resulta muy significativo que a partir de los años ochenta se incrementaron en Latinoamérica los estudios histórico-regionales sobre arquitectura en comparación al material publicado en ese mismo periodo sobre otras áreas de la disciplina arquitectónica. El Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana establecido en Buenos Aires, uno de los archivos más completos –sino el más– de publicaciones sobre la disciplina en la región, tiene registrados 1.595 títulos (libros) sobre arquitectura latinoamericana entre 1980 y 1993.¹⁰ Esta cantidad, en principio resulta significativa si se compara, por ejemplo, con el ISBN español que en el mismo periodo registró 814 títulos sobre arquitectura en general, 27 sobre arquitectura española (regional) y no llegan a 10 los títulos sobre arquitectura europea. Evidentemente, sólo un estudio estadístico a fondo daría cifras comparativas sólidas que permitan evaluar con mayor precisión este fenómeno. Sin embargo, es interesante puntualizar que, del cuerpo monolítico de publicaciones

⁹ Véase también Gruzinski (1991) y (1985).

¹⁰ Se utilizó la base de datos de Ramón Gutiérrez y Patricia Méndez (1996).

latinoamericanas señaladas, el 51% corresponden a temáticas históricas de Latinoamérica y regiones concretas (nacionales). Estos estudios corresponden prácticamente por partes iguales al periodo del siglo XX y a un periodo considerado del XVI al XIX. En los años setenta, por ejemplo, predominaban en la historiografía latinoamericana de la arquitectura las temáticas sobre arquitectura moderna entendida como el Movimiento Moderno Internacional, mientras que en el ámbito europeo se reactivaba el interés historiográfico por las temáticas histórico-regionales, histórico-ideológicas, histórico-culturales. Resulta interesante esta paridad cuantitativa actual entre los temas regionales concentrados en un particularismo nacionalista y las temáticas sobre “arquitectura global” o fenómenos de la globalización espacial, sobre todo porque, más allá de representar el agotamiento de una historiografía concentrada durante todo el siglo XX en la saga del Movimiento Moderno, está diagnosticando fundamentalmente un proceso de reconfiguración de imaginarios históricos y de escritura de nuevas y múltiples sagas regionalistas.¹¹

Ahora bien, Latinoamérica no sólo representa un medio cultural polémico para las políticas de globalización sino también un espacio cultural urbano global que será en este nuevo siglo escenario de transformaciones urbanas de escala sin precedentes. Según los pronósticos de Naciones Unidas, entre 2000 y 2025 la población urbana en el mundo crecerá del 47% actual a más del 61%. Es decir, que para 2025 la mayoría de los cinco billones de habitantes del mundo vivirá en ciudades y el 81% de ellos estará en los países en desarrollo. Estos pronósticos señalan que la explosión de crecimiento ocurrirá, y está ocurriendo, en las ciudades del mundo en desarrollo: Asia, África y Latinoamérica. Estados Unidos y Europa entre 2020 y 2025 tendrán un crecimiento urbano del 0,9 y 0,1 % respectivamente, mientras que África tendrá 3,0%, Asia 2,0%, Centroamérica 1,5% y Sudamérica 1,1% (Hall/Pfeiffer 2000: 3-21). En estas regiones en desarrollo se multiplicarán las mega-ciudades (aquellas que tienen más de 10 millones de habitantes). En Latinoamérica ya existen seis de las veintisiete mega-ciudades actuales: São Paulo, la ciudad de México, Buenos Aires, Río de Janeiro y Lima. Las mega-ciudades, como ejemplifica Tokio que es la ciudad más poblada del planeta, son un escenario urbano económico idóneo para la incorporación de arquitectura global de escala intermedia (barrios) y de gran escala (ciudades satélites), ciudades en donde el espacio como imagen actúa bajo tensiones de homogeneización y complementariedad.

El no lugar y su reconocimiento en el acervo social de conocimiento

Es necesario señalar que, aún cuando a la intelectualidad latinoamericana y a sus instituciones la proliferación del no lugar como imagen identitaria les resulta desde “una imagen inquietante” hasta una peligrosa amenaza del imperialismo, la realidad es que hay una colectividad urbana o, si se quiere, una parte importante de la colectividad urbana que perfectamente se reconoce a sí misma en esta imagen. Existe una colectividad que es capaz de codificar y reconocerse plenamente en espacios como un *mall*, un aeropuerto, espacios hipertextuales y virtuales. Es la misma población que puede ver en la sobretextualidad del castillo de Disney un castillo europeo cuando no existe un solo ejemplo real

¹¹ Sobre esta idea véase Lozoya (2005).

con esas condiciones de imagen. Este fenómeno al que se ha llamado “el efecto Disney”, el “efecto Beaubourg” o, como Gruzinsky ha sugerido ante “la violencia homicida de la destrucción iconoclasta” en un mundo de replicantes, la *imagen Blade Runner*, es un estado de la imagen en el cual lo real se esfuerza por reproducir la ficción.¹²

Este fenómeno ha sido diagnosticado fundamentalmente por las teorías psicosociales posmodernas como “característico” de una cultura urbana que ha sido sometida a la figura del exceso (de imágenes, de acontecimientos, de territorialidad). El resultado de este “habitar en” el mundo de la superabundancia es para varios autores¹³ la producción de un estado *de anestesia* –sugerido en cierto modo ya en los años cuarenta por Walter Benjamin en el concepto de *shock*– en donde el individuo es un ser alienado de su entorno. Este entorno, por otro lado, es un espacio sobre-estetizado en donde la imagen ha perdido su papel de mediador, si entendemos por ello en palabras de Lechner, “la mediación no como una combinatoria externa o una vinculación estática, sino una relación de implicación recíproca” (Norbert Lechner 1981: 328) entre sociedad y Estado, y entre relaciones económicas y prácticas políticas. La imagen, entonces, se ha transformado bajo esta perspectiva en una “falsa imagen” en la medida en que es una réplica de la realidad, una simulación en donde se han eliminado los puentes de sentido (modernos) entre los actores sociales receptores y productores de las representaciones simbólicas. En términos lacanianos, se trata del malestar en la cultura como la alienación del hombre en el lenguaje (imagen) en el que queda incluido, un fenómeno en el que se sustituye la realidad por la imagen, cuando esta última inicialmente suponía representarla o ilustrarla. Bajo este punto de vista, el individuo es un consumidor pasivo de imágenes hiperrealistas cuya producción no es ya papel, en términos marxistas, de una clase dominante generadora de representaciones simbólicas, sino de un sistema mediático ligado con nuevas figuras globales de poder donde no hay reciprocidad comunicativa. La hipótesis del no lugar formulada por Augé está ligada con la visión de estas teorías del *mass media*. Visualiza los no lugares como burbujas en lugares antropológicos donde impera el exceso expresado en los cambios de escala, multiplicación de referencias imaginadas e imaginarias, aceleración de medios de transporte y, por ende, modificaciones físicas reflejadas en concentraciones urbanas y en los traslados de poblaciones (grandes migraciones). Para Augé, el lugar antropológico es donde se articula lo social orgánico mientras que el no lugar, como el lugar no antropológico, crea en el individuo “una contractualidad solitaria” (Augé 2002: 98) en la que la dinámica comunicativa, representativa, se da entre el individuo y un entorno de “textos” que le informan, prescriben o prohíben, tras los cuales están las personas morales y las instituciones.

Sin embargo, la teoría de la sobre-estetización de la cultura urbana en la sobremodernidad resulta a mi manera de ver insuficiente para explicar el fenómeno del no lugar. Si bien a través de ésta se ha diagnosticado una psicología colectiva urbana y una serie de dinámicas sociales, el exceso como figura y fenómeno urbano está condicionado a la aceleración y a la mutación constante de una alta tecnología, o hipertecnología, cuyo ámbito social natural es en realidad una economía postindustrial centrada en los servicios. Los “estudios de caso” ejemplares se dan en las urbes desarrolladas con un altísimo

¹² Véanse Leach (2001); Baudrillard (1993) y Gruzinsky (2003).

¹³ Véase Virilo (1997); Leach (2001); Benjamin (1997); Jameson (1997); Baudrillard (1993).

nivel de mediática cibernética como Tokio, Hong Kong, Nueva York o Los Ángeles. Si el exceso es la médula del problema, la imagen del no lugar sería quizás sólo una “rareza” en las ciudades no desarrolladas donde más que sobre-estetización de las urbes lo que hay es desorden, sobrepoblamiento y pésimas políticas urbanas. Sin embargo, el no lugar no se percibe colectivamente como una rareza, sino que se reconoce en éste una figura de sentido, una imagen identitaria. En los *malls* (*shopping mall*), como sugiere esta palabra anglosajona para alameda, avenida y calle peatonal, la población urbana latinoamericana de ciudades de cierta magnitud transita y se relaciona durante las horas de su tiempo de asueto como otrora lo hiciera en las alamedas, avenidas y calles peatonales “reales”.

Ahora bien, si tal cosa es cierta, si el no lugar es una imagen identitaria homogeneizadora reconocible y ésta es capaz de representar un papel de mediación con el otro¹⁴, ¿qué imágenes culturales son las que estructuran este imaginario?, ¿es un imaginario ajeno al estructurado por un lugar antropológico?

Augé desarrolla su hipótesis antropológica sobre el no lugar considerando que éste es producto de un estadio nuevo en la sociedad moderna. La sobremodernidad tiene, en su punto de vista, características únicas, ligadas con la extrema aceleración del tiempo y del espacio. Participa en este sentido, de una visión “antifukuyamista” de la globalización, según la cual ésta es un fenómeno actual y no sucedáneo desde un punto de vista histórico. Bajo esta perspectiva, describe el no lugar como un espacio que no puede ser definido bajo los parámetros del *lugar antropológico* ni del *lugar de memoria*, puesto que no posee características identitarias, relacionales ni históricas. Sin embargo, y esto lo desarrolla de manera limitada, no es una categoría opuesta a lugar sino más bien, y en aras del principio de complementariedad, un palimpsesto en donde “el primero [lugar] no queda nunca completamente borrado y el segundo [no lugar] no se cumple nunca totalmente” (Augé 2002: 84). Justamente esta idea apenas esbozada por el autor resulta la más interesante puesto que, consciente o inconscientemente, ha sugerido que el no lugar no define a un territorio físico o a un lugar “no practicado” (utilizando como contraposición las categorías del espacio fenomenológico) sino a “un tipo de práctica del espacio”, cuyos rasgos, retomando a Augé, son una existencia completamente independiente de su contexto, autonomía y anonimato. Ahora bien, si el no lugar no es un opuesto sino un palimpsesto del lugar es porque el no lugar está inscrito (al menos por el momento) en un lugar antropológico. Es decir, son burbujas autónomas en una trama orgánica social como lo es una ciudad. Independencia, autonomía y anonimato son características que tienen sentido en la medida en que se contraponen a un Otro, en este caso el lugar. Sin embargo, Augé parece visualizar el problema como un sistema en sí mismo donde el Otro en principio es alienado. Por ejemplo, el espacio del viajero como un no lugar, ejemplo de Augé pero recurrente en la interpretación de la imagen hiperreal, es el espacio conformado a través del imaginario del viajero y no del imaginario del lugareño. En este ejemplo, la “imagen” del lugar prevalece sobre la “realidad” del lugar y éste es alienado, “no existe” (acotación a Augé: la “realidad” del lugareño también es una imagen). Frente a esto ¿se puede ser independiente, autónomo y anónimo si no hay un reco-

¹⁴ “El hecho nuevo hoy en día, y aquí radica el problema, es que a menudo la imagen ya no representa un papel de mediación con el otro, pero sí se identifica con él” (Gruzinski 2003: 13).

nocimiento por parte del otro de mi propia otredad? Quizás se ha subestimado la coexistencia entre estos dos diferentes pero altamente organizados imaginarios identitarios. Si la autonomía del no lugar radica en una organización interna de sentido (función y representaciones) y no en una relación con el “exterior antropológico” está indicando solamente que no utiliza ciertos tipos de imágenes del exterior. Por otro lado, el sentido del anonimato radica quizás no en “carecer de un nombre” (no es anónimo porque no represente imágenes identificables) sino porque el “no nombre” es el nombre (la imagen de “lo anónimo” es la identificación). Un ejemplo de una imagen anónima que eventualmente se transforma en una imagen “con nombre” son los monumentos figurativamente abstractos dedicados *al soldado desconocido*.

Considero que la limitante fundamental de la hipótesis de Augé radica en su rígida interpretación con respecto al contexto que, a final de cuentas, alberga a un no lugar. Un aeropuerto, por ejemplo, tiene un orden interno establecido a través de textos (imagen/palabra) para lograr una serie de dinámicas relacionales y de desplazamiento, y en ese sentido puede ser considerado “autónomo”. Se identifica, además, con una imagen homogénea visualizada como “anónima” puesto que no es parte de una serie de imágenes identitarias colectivas locales pero que comparte con otros espacios afines en el mundo. Si esto es así, o estos espacios no ofrecen ningún tipo de relación con un imaginario real más allá del reconocible a través de imágenes virtuales y sólo seres alienados son capaces de circular en ellos, no en estado de *shock*, sino en estado cataléptico, o estos espacios están ofreciendo una amplísima gama de imágenes reales que, si bien propias e internas, son identificables porque poseen una estructura similar a la del lugar antropológico que les acoge. Mi hipótesis: el no lugar es un tipo de lugar antropológico.

¿Es el no lugar un fenómeno exclusivo de la sobremodernidad? Que la cultura moderna, si bien enraizada en innovaciones tecnológicas de movimiento, velocidad, luz y sonido que producen nuevo sentido de tiempo y espacio, no logra eliminar la crisis de autoconciencia es una idea hegeliana canónica ya sobre la tensión inherente en la modernidad. Pero que el hombre en su “desgracia de la libertad” sartriana se vea expuesto a la alienación solitaria de la sobremodernidad está más cercano a la concepción de Daniel Bell (1979) donde una sociedad que no se articula como un todo coherente posee una mala adaptación entre economía y cultura y se condiciona la última a la primera, en un sentido materialista. En todo caso, podríamos pensar mejor en una relación dialéctica, ya que las relaciones son mucho más complejas, y considerar la visión de Frederic Jameson (1997) que el capitalismo se expande y conquista no sólo espacios globales sino también todas las esferas de la vida social y cultural. Si el no lugar es caracterizado como una imagen homogénea global, con una autonomía inherente a su orden interno y al contexto que le alberga, el no lugar no es exclusivo ni de la sobremodernidad ni de la globalización contemporánea. La homogeneización del espacio/imagen bajo las condiciones actuales (exacerbadas pero no desconocidas) no es un fenómeno nuevo: la arquitectura del siglo XX, como lo fue la literatura del siglo XIX, (Ette 1995: 319-362) ha sido una fuerza expansiva mundial excepcional. Basta considerar el movimiento de la arquitectura racionalista en los años veinte (internacionalismo) y sus posteriores declinaciones capitalista (*International Style*), socialista (constructivismo) y Latinoamericana. Cabe señalar, que el internacionalismo latinoamericano, es posiblemente el antecedente más inmediato de la incorporación de un imaginario de la modernidad –con las características que actualmente definen la arquitectura de la globalización– en los imaginarios históri-

co-nacionalistas. Por otro lado, el no lugar y su imagen homogeneizadora tampoco son fenómenos exclusivos del siglo xx.

¿Cómo se pueden considerar el consulado inglés en Shanghai en 1867, el convento franciscano en una población chichimeca, la torre Eiffel en el París de Maupassant o en el Paseo de la Reforma la Torre Mayor de Eberhard Zeidler, “el constructor para la globalización”? Espacios que son en distintos momentos imágenes altamente homogeneizadoras y que representaron una identidad nacional, religiosa, cultural y económica. Por ejemplo, la imagen del neoclásico como imagen identitaria del poder inglés en las colonias asiáticas no deja de ser una maravillosa paradoja del no lugar puesto que a su vez es la imagen del mundo clásico (a su vez homogeneizador) en un territorio celta. La torre Eiffel, que aún es un no lugar, se transformó en un siglo de aberración urbana en ícono nacional (Barthes 2001: 55-79). Lo propio está ocurriendo con el Guggenheim de Ghery en Bilbao. Si en la filosofía política se considera que, desde un punto de vista discursivo, la eficacia hegemónica de las diferentes corrientes políticas se mide por su capacidad de desarticular al adversario y absorber sus interpelaciones en otra matriz doctrinaria (la derecha de los ochenta apropiándose del discurso de la izquierda de los setenta, por ejemplo), en la guerra de las imágenes ocurre lo mismo, quizás incluso, un *efecto mariposa*.

Bajo este planteamiento, el papel de una imagen homogeneizadora en la formación de imaginarios identitarios colectivos es medular. El pabellón mexicano de Hannover no es una rareza, es un síntoma de reconfiguración identitaria en el cual la imagen es sin lugar a dudas mediadora y actor de una dinámica recíproca entre colectividad y poder, entre contexto y representación. El reconocimiento de las figuras de poder es sustancial en esta dinámica, pero también en el mundo globalizado definir “a quien representa” el no lugar es una tarea compleja. En términos marxistas, el papel de una clase dominante como generadora de representaciones simbólicas es cada vez más difuso en la medida en que el Estado-nación se ha visto desplazado de este papel por el mercado y sus instituciones. Los “expertos” a los que hace referencia, entrenados para asumir la función censora, canonizadora, sistematizadora y pedagógica, son cada vez más difíciles de definir. El proceso actual de tipificación de imágenes controlado por instituciones, contexto social y grupos de poder muestra un esquema más complejo donde la viabilidad de las figuras identitarias estructurales, como la historia, son cuestionadas así como la formación de imaginarios identitarios y acervos sociales de conocimiento a partir de la misma colectividad. En estos momentos difícilmente se puede visualizar el fenómeno como lo hiciera la versión marxista del internacionalismo, es decir, la afirmación del proletariado como clase internacional y la burguesía como clase nacional, sobre todo cuando ciertas burguesías terminaron por adoptar el internacionalismo como imagen nacional a pesar de que “en sociedades dependientes aquella relación se ha alterado hasta identificar al proletariado y a las clases populares como las únicas clases nacionales portadoras de un proyecto de independencia nacional” (Torres Rivas 2000: 96).

Por otro lado, es sustancial en el entendimiento del no lugar indagar sobre el papel de la colectividad como un hacedor de imaginarios, cómo se objetiva la constitución subjetiva del sentido a través de las formas comunicativas del lenguaje y se tipifica, y si esto preconditiona a que los actos sean transformados en instituciones sociales. Cómo se conforma en la colectividad una nueva identidad, cuáles son las dinámicas de acción política a través de una imagen homogeneizadora, qué pasa cuando la neutralidad es una representación política colectiva, son preguntas que deben estar presentes incluso para

visualizar que la homogeneización (globalización) se ha considerado “demasiado homogénea” y el particularismo interviene no como oponente sino como complemento. Si se considera que en las formaciones discursivas las interpelaciones no definen su sentido por separado, sino a través de las relaciones que entablan con otras interpelaciones presentes o ausentes (Landi 1981: 172-198), la forma de relación entre las interpelaciones se estructura en función de aspectos diferentes de la práctica social, sea el no lugar una construcción en torno de un único interlocutor (distintas interpelaciones políticas con un mismo interlocutor) o la que se configura en función de distintos interlocutores (una dirección política única para universos sociales heterogéneos). Si en la identidad nacional se unificó una heterogeneidad estructural a través de una fuerte presencia del Estado en la sociedad, debe interrogarse sobre la naturaleza de una nueva figura de poder. Un problema es considerar lo simbólico pensado dentro de las fronteras de clase, lo simbólico como derivado de las relaciones sociales bajo la doctrina marxista. Éste es un esquema poco elástico en el que difícilmente se puede entender los efectos del orden simbólico sobre las relaciones sociales de otra forma que no sea como movimiento de retorno sobre ellas. En palabras de Norbert Lechner: “si el discurso ideológico no es un ‘reflejo superestructural’ de intereses preexistentes, tampoco puede ser analizado de manera inmanente al margen de las condiciones históricas. Tanto la invocación de significaciones como la recepción de tal interpelación ocurren bajo determinadas condiciones sociales” (Lechner 2001: 327). El papel del mercado como dispositivo cultural es relevante y hace más viable la des-socialización de la política y la des-politización de la sociedad (Landi 1981). Los dispositivos del mercado tienen factores que actúan sobre el material simbólico, el orden simbólico y la formación de actores políticos como lo es el espacio.

Ahora bien, una crisis no supone meramente la destrucción de información, sino el hecho de la creación de ruido a partir de la información producida por el sistema mismo. A la idea de la globalización cultural se ha contrapuesto discursivamente el nacionalismo como un particularismo, cuando en realidad globalización y nacionalismo no son estructuralmente ni distintos ni opuestos. Ambos son fenómenos de homogeneización mundial. El siglo XX puede ser identificado por los elementos comunes que “se formaron al aparecer la propiedad privada, la producción y la circulación de mercancías, la creación de un mercado interno defendido políticamente, nuevas clases sociales y nuevas formas de explotación y dominio público” (Lechner 2001: 68), que son señaladas en esta cita como propias del siglo XIX. Es decir que estamos ante dos gigantes de la hegemonía que luchan con igual fuerza.

Unas ideas finales sobre la identidad nacional frente a la identidad “global”: Las identidades, dice Francisco Colom, por encima de todo se narran y la imaginación política del nacionalismo ha sido fundamentalmente narrativa.¹⁵

Los elementos constitutivos de la nación como la comunidad de lengua, cultura y tradición, son constantes constitutivas de diversas formas de coexistencia colectiva, que comparten la estructura metafórica de un lugar antropológico. El lugar antropológico tiene dos referentes básicos que lo reivindican como propio para el lugareño: es un espacio habitado y organizado cotidianamente, y a la vez un espacio simbólico y de memoria. Se considera que tiene rasgos identificatorios, relacionales e históricos, y es por tanto la

¹⁵ Colom (2003: 247-264). Sobre el tema véase Pérez Vejo (1999).

expresión espacial de una identificación dada. El lugar “no es sino la idea, parcialmente materializada, que se hacen aquellos que lo habitan de su relación con el territorio, con sus semejantes y con los otros” (Augé 1999: 61). Pero esta identidad sólo pervive en la medida en que las nuevas fronteras, con rectificaciones eventuales, sean capaces de hablar siempre del último desplazamiento como de la primera fundación, ser lugares de memoria (poseer una naturaleza narrativa). La identidad, bajo estos términos, es un rector de la organización al interior de un mismo grupo social con las prácticas individuales y colectivas. La identidad, sea ésta compartida, particular y /o singular, debe ser pensada, entonces, simultáneamente con la relación. A su vez, el fundamento mítico en la formulación de imaginarios identitarios es en el lugar un rasgo histórico. Para Augé, sin embargo, las señales del territorio en términos espaciales más completo frente al no lugar y frente a la pérdida de memoria están condenadas a desaparecer y con ello las de la identidad. Esto ocurre eventualmente, considera, “cuando las aplanadoras borran el terruño, cuando los jóvenes parten a la ciudad o cuando se instalan ‘alóctonos’” (Augé 2002: 54). ¿Es posible que la imagen identitaria del no lugar, así como la imagen nacionalista de un lugar, posea una estructura metanarrativa propia? Si el no lugar no es una representación “nacional” ¿eso implica que no está dentro de una trama histórica?

Si la coherencia interna de las historias nacionalistas depende de una estructura enteramente metanarrativa en la que el relato puede admitir incorporaciones de nuevos elementos sin que la trama que le concede su sentido global se vea variada (Colom 2003: 256), ¿puede coexistir con otra red narrativa identitaria?

Conclusiones

El no lugar define, de manera aún primaria, un fenómeno real, complejo y de desarrollo acelerado que no puede sino abordarse como un nuevo campo de estudio cultural. Como tal, en estos momentos nos proporciona más preguntas que respuestas. En el estado de esta investigación, el no lugar, bajo mi perspectiva, no es la negación del lugar antropológico sino un nuevo lugar antropológico. A su vez, considero que como imagen es un actor político, un mediador y una representación de un imaginario identitario colectivo que le reconoce. La pregunta inmediata recae sobre la naturaleza de este imaginario y si éste es realmente tan distinto a su homólogo actual, el imaginario nacionalista. Si tal cosa es posible, quizás el pabellón de Hannover representa un nuevo imaginario de lo “nacional” reestructurando el propio concepto de nacionalismo. El análisis de la estructura narrativa y metanarrativa del imaginario nacional en el espacio, sobre todo en la conjugación internacionalismo/nacionalismo en el fenómeno latinoamericano dará elementos de comprobación sobre esta hipótesis. De antemano, comparto la idea de De Certeau que privilegió el relato como el trabajo que transforma los lugares en espacios y los espacios en lugares, y es posible que estemos ante la constitución de un nuevo relato. El pabellón de Hannover quizás, heredero del internacionalismo latinoamericano, bien puede llegar a ser un arquetipo indiscutible de un imaginario “mexicano” distinto como otrora y hace muy poco lo fue el imaginario neoprehispánico e hispanista. Queda la misma pregunta que se formuló De Certeau hace unos años en su práctica del espacio contemporáneo: ¿estamos siendo testigos de un acto metafórico o de un acto narrativo?

Bibliografía

- Amabilis, Manuel (1929): *El pabellón de México en la Exposición Iberoamericana de Sevilla*. México: Talleres Gráficos de la Nación.
- Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Anderson, Perry (2004): “La batalla de ideas en la construcción de alternativas”. En: *Memoria. Revista mensual de Política y Cultura*, 180 <<http://www.memoria.com.mx/180/anderson.htm>> (15.02.04).
- Annino, Antonio/Guerra, Francois-Xavier (coord.) (2003): *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Augé, Marc (1999): “Sobremodernidad del mundo de hoy al mundo de mañana”. En: *Memoria. Revista mensual de Política y Cultura*, 129, <<http://www.memoria.com.mx/129/auge.htm>> (15.02.04).
- (2002): *Los no lugares, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Bachelard, Gaston (1965): *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, Roland (2001): *La torre Eiffel. Textos sobre la imagen*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Baudrillard, Jean (1993): *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Bell, Daniel (1979): *The Cultural Contradictions of Capitalism*. London: Heinemann.
- Benjamin, Walter (1997): “On some motifs in Baudelaire”. En: Leach, Neil (ed.): *Rethinking Architecture. A Reader in Cultural Theory*. London: Routledge, pp. 25-33.
- Colom, Francisco (2003): “Narrar la nación”. En Leyva, Gustavo (coord.): *Política, identidad y narración*. México: Biblioteca de Signos-UAM, pp.247-264.
- De Anda Alanis, Enrique X. (1994): “Tradición y nacionalismo como alternativas de identidad en la arquitectura moderna mexicana”. En: Amaral, Aracy (coord.): *Arquitectura neocolonial. América Latina. Caribe. Estados Unidos*. São Paulo: Memoria/Fondo de Cultura Económica, pp. 259-268.
- De Certeau, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Deckker, Thomas (2000): *The Modern City. Revisited*. London and New York: Spon Press.
- Drakakis-Smith, David (1987): *Third World Cities*. London and New York: Routledge.
- Ette, Ottmar (1995): “Europa como movimiento. Sobre la construcción literaria de un asunto fascinante”. En: Leyva, Gustavo (ed.): *Política, identidad y narración*. México: UAM-Biblioteca Signos, pp. 319-362.
- Frampton, Kenneth (1983): “Towards a Critical Regionalism: Six Points for an Architecture of Resistance”. En Foster, Hal (ed.): *The Anti-Aesthetic*. Seattle: Bay Press, pp. 16-30.
- (1985): “Critical Regionalism: Modern Architecture and Cultural Identity”. En: Frampton, Kenneth: *Modern Architecture: A Cultural History*. Londres: Thames & Hudson, pp. 313-327.
- Fukuyama, Francis (1992): *El fin de la historia y el último hombre*. Buenos Aires: Planeta.
- Garretón, Manuel Antonio (2001): “Democratización política pendiente y transformaciones sociales. Las consecuencias para la acción política y la cultura política”. En: Labastida, Julio/Camou, Antonio (coord.): *Globalización, identidad y democracia. México y América Latina*. México: Siglo XXI editores-UNAM, pp. 59-66.
- Gellner, Ernst (1997): *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- Gruzinski, Serge (1985): *Les Hommes-Dieux du Mexique. Pouvoir indien et société coloniale, XVIIe-XVIIIe siècles*. Paris: Archives Contemporaines.
- (1991): *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español, XVI-XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.

- (2003): *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "Blade Runner" 1492-2019*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, Ramón/Méndez, Patricia (1996): *Bibliografía de arquitectura y urbanismo en Iberoamérica 1980-199*. Alcalá de Henares/Buenos Aires: Instituto Español de Arquitectura Universidad de Alcalá y Valladolid/Centro de Documentación de Arquitectura Latinoamericana (CEDODAL).
- Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (2002): "Arquitectura historicista de raíces prehispánicas". En: *Goya*, 289-290, pp.267-286.
- (2003): "El neoprehispánico en la arquitectura. Auge y decadencia de un estilo decorativo 1921-1945". En: *Arquitextos*, (Vitruvius) Texto especial 200, <http://www.vitruvio.com.br/arquitextos/arq000/esp200_e.asp> (15.02.04).
- Hall, Peter/Pfeiffer, Ulrich (2000): *Urban Future 21. A Global Agenda for Twenty-First Century Cities*. London: E &Fn Spon.
- Hays, Michael (ed.) (1998): *Oppositions. Selected Readings from A Journal for Ideas and Criticism in Architecture 1973-1984*. New York: Princenton Architectural Press, Institute for Architectural and Urban Studies.
- Ibelings, Hans (1998): *Supermodernismo. Arquitectura en la era de la globalización*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Jameson, Frederic (1997): "Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism". En: Leach, Neil (ed.): *Rethinking Architecture. A Reader in Cultural Theory*. London: Routledge, pp. 238-247.
- Jencks, Charles (1978): *El lenguaje de la Arquitectura posmoderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- (1982): *Arquitectura tardomoderna y otros ensayos*. Barcelona: Gustavo Gili.
- (1995): *The Architecture of the Jumping Universe: A Polemic: How Complexity Science is Changing Architecture and Culture*. London: Academy.
- Landi, Oscar (1981): "Lenguaje, identidades y ciudadanías". En: Lechner, Norbert (ed.): *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI editores, pp. 172-198.
- Leach, Neil (2001): *La an-estética de la Arquitectura*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Lechner, Norbert (1981): "Epílogo". En: Lechner, Norbert (ed.): *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI editores, pp. 300-334.
- (2001): "Modernización, malestar y gobernabilidad". En: Labastida, Julio/Camou, Antonio (coords.): *Globalización, identidad y democracia. México y América Latina*. México: Siglo XXI editores-UNAM, pp. 67-81.
- Lozoya, Johanna (2005): "Identidad e historiografía: ¿el anti no-lugar?". En: *Bitácora*, 13, pp. 10-13.
- Marquina, Ignacio (1990): *Arquitectura prehispánica*. México: INAH-SEP, Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia [facsimil de la primera edición (1951)].
- Mauss, Maurice (1971): *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Méndez, Eloy (1996): "Imágenes transitorias. Globalización y modificaciones urbanas en la ciudad del norte de México". En: *Revista de El Colegio de Sonora*, II, 12, pp. 30-46.
- Mereles, L. Noelle (2002): "Recuperación del pasado prehispánico en la arquitectura mexicana del siglo xx". En: Von Kügelgen, Helga (ed.): *Herencias indígenas, tradiciones europeas y la mirada europea*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 497-516.
- Merleau-Ponty, Maurice (1990): *Phenomenology of Perception*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Nora, Pierre (1996): "From lieux de mémoire to realms of memory". En: Nora, Pierre/Kritzman, L. (eds.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past. Vol. 1: Conflicts and divisions*. New York and Chichester: Columbia University Press, pp. XV-XXIV.
- Pérez Vejo, Tomás (1999): *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionales*. Oviedo: Ediciones Nobel.

-
- (2003): “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”. En: *Historia Mexicana*, 210, pp. 275-311.
- Torres Rivas, Edelberto (2000): “La nación: problemas teóricos e históricos”. En: Lechner, Norbert (ed.): *Estado y política en América Latina*. México: Siglo XXI, pp. 87-132.
- Tschumi, Bernard (1996): *Architecture and Disjunction*. Cambridge-London: The MIT Press.
- Vallerino, Roberto (1995): *Museums 1952-1994. Pedro Ramírez Vázquez*. México: Artes Gráficas-Panorama.
- Vargas Salguero, Ramón (1995): *Pabellones y museos de Pedro Ramírez Vázquez*. México: Editorial Limusa.
- Virilo, Paul (1997): “The Overexposed City”. En: Leach, Neil (ed.): *Rethinking Architecture. A Reader in Cultural Theory*. London: Routledge, pp. 381-390.